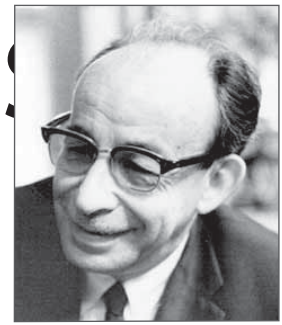


Páginas rescatadas

A cargo de Jorge Domingo Cuadriello



La lección de Jesús

Por RAÚL ROA GARCÍA

Si a lo largo de su curso el rico y potente caudal de la civilización occidental se ha nutrido de numerosos afluentes, debe, empero, sus aguas más profundas, a la cultura grecolatina y a la tradición cristiana. Aporta la primera el concepto de la estructura racional de la naturaleza humana y la segunda el problema de la responsabilidad del hombre, por ser la libertad, que es elección, la esencia que lo caracteriza y define, como sujeto creado por la divinidad. En los dualismos descubiertos por aquélla en el mundo de la conciencia, hunden sus raíces las más ingentes hazañas del pensamiento moderno; el descubrimiento de la unidad de espíritu y cuerpo, que proyecta socialmente al hombre a partir de sí mismo y hace de la inviolabilidad de la conciencia la clave de la dignidad de la persona, representa la contribución imperecedera del cristianismo a la convivencia humana.

Ni que agregar tengo que es la síntesis de ambas visiones de la vida y de la historia la que le infunde sentido a la totalidad del proceso. Ni razón frente a espíritu, ni naturaleza frente a albedrío, ni inmanencia frente a trascendencia: razón y espíritu, naturaleza y albedrío, inmanencia y trascendencia dialécticamente fundidos en la comprensión de las limitaciones de la realidad y en el querer iluminado por la llamada irrefragable del ideal. Bacon y Moro simbolizan, en la *vita nova* entrevista por Dante, la antítesis de esa síntesis, y Vives y Galileo, la síntesis de la antítesis. Pudo superarse, en aquella sazón, la antinomia generada por el Renacimiento y la Contrarreforma si hubiera triunfado la tesis del erasmismo español, que propugnaba la integración de la herencia grecolatina y de la tradición cristiana con las nuevas creaciones de la razón liberada.

Las tensiones y polaridades originadas por este desgarramiento de la conciencia europea configuran y dominan, hasta nuestros días, las etapas posteriores del desarrollo de la sociedad

occidental. Si bien es cierto que el derrocamiento del absolutismo, la filosofía de la ilustración y las revoluciones emancipadoras de América tienden a soldar la fractura, no lo es menos que esta se ahonda y agrava por el predominio del régimen de mercado y la patológica desviación de la técnica. Cada vez más se contraponen espíritu y razón, naturaleza y albedrío, inmanencia y trascendencia. Se rompe el connubio entre derecho y obligación. Saber y deber se bifurcan y convergen mando y riqueza. La concepción mecanicista de la naturaleza humana, bisectriz de un triángulo formado por Maquiavelo, Hobbes y Marx, se impone avasalladora y el hombre queda reducido a mera tuerca. El contenido moral de la justicia positiva se evapora y, por ende, el derecho se descristianiza. Medios y fines se confunden y pervierten. La emoción evangélica truécase en dogma y se marchita el sentido religioso de la vida. Se compra y vende el trabajo como una mercancía. "Las cosas —había sentenciado Kant— tienen precio; los hombres, dignidad". Al ponerse precio a la dignidad, el hombre se cosifica y la persona deja de ser el centro de la vida civil, comenzando, en vastas áreas del planeta, la progresiva declinación de sus fueros, que el poder va sustrayendo, compulsivamente, hasta llegara subsumirla en el idiotismo aquiescente del rebaño. El drama alcanza su clímax en los Estados totalitarios y, particularmente, en el Leviatán soviético, en que imposición y obediencia son términos correlativos. Y ofrece rasgos muy semejantes en países, aquende la cortina de hierro, en que la única fuente de la autoridad es la violencia. Con pareja carencia de entrañas se humilla, persigue, encarcela, tortura, proscribire o aniquila al disidente.

Resignarse ante la injusticia, la degradación, el despotismo y la miseria, es signo de flaqueza ante los retos de la historia. El dolor lacerante de estos tiempos no es producto, precisamen-

te, de la fatalidad, como creyeron los griegos y romanos testigos y actores de la decadencia de la polis y de la caída del imperio. Lo trajo el hombre y el hombre debe extirparlo. Nada nuevo necesita inventar para conseguirlo. Bástale poner la ciencia al servicio de una concepción justa de los fines de la vida y renovar los supuestos del régimen democrático, fundado en la autoridad consentida y legitimada por el espíritu, la razón y la voluntad. Cristianizar, en suma, como dijera Toynbee, el contenido de la organización industrial y, en consecuencia, restituirle al hombre el albedrío que le arrebató el Estado-poder, la dictadura de partido y la mecanolatría, en nombre de una seguridad apócrifa y de un progreso externo. Cada pueblo merecerá el pleno disfrute de lo que haya conquistado en la consecución de la meta.

Hace muchos siglos Jesús ofrendó su sangre para garantizarle a los hombres la inmortalidad de su sobrevivencia en el seno de Dios. Muchos siglos después bien valen los riesgos, sacrificios y abnegaciones que comporta esta empresa de salvación del género humano en el mundo temporal en que hace su historia perdurable. Morir con sábado de gloria es la egregia lección que nos legara el dulce y valeroso rabí de Galilea.



Raúl Roa García (La Habana, 1907– Ídem., 1982). Ensayista, profesor universitario, periodista y hombre público. Durante su etapa de estudiante universitario combatió la dictadura de Machado, por lo que sufrió persecución y cárcel. Con posterioridad se graduó en la Universidad de La Habana de Doctor en Derecho y tuvo que marchar al exilio en Estados Unidos. De nuevo en Cuba, en 1940 se incorporó al claustro de profesores de la Facultad de Ciencias Sociales de la universidad habanera. Durante el gobierno de Carlos Prío Socarrás fue Director de Cultura del Ministerio de Educación. Se opuso a la dictadura de Batista y durante su exilio en México dirigió la revista *Humanismo*. Tras el triunfo revolucionario de 1959 fue designado Ministro de Relaciones Exteriores e integró el Comité Central del Partido Comunista de Cuba. En 1976 pasó a ser Vice-Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Entre sus obras se encuentran *Bufa subversiva* (1935), *Viento sur* (1953) y *Retorno a la alborada* (1964). El presente artículo lo hemos tomado de su compilación *En pie* (1953-1958). La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1959. pp. 222-224.